

hora á las doce de la noche, y de ella á las seis de la mañana.

El precio comun de la correspondencia, como ya dijimos, es tres centavos por carta sencilla de media onza, para cualquier punto de los Estados-Unidos, diez centavos para el exterior, ménos los que entraron en la convencion postal internacional, como Alemania, y al fin Francia y España, para cuyos países se cobran cinco centavos y dos centavos para el interior de la ciudad. Los periódicos sueltos pagan un centavo.

Un centavo vale tambien una tarjeta portátil, que es un cuadro de papel vitela en que se escribe lo que se quiere, con pluma ó lápiz, sin poner cubierta; el porte de un centavo es el precio de la estampa allí grabada. Esta carta abierta puede ir así á todos los pueblos de los Estados-Unidos.

El gran fomento á las relaciones y á las ideas, está dignamente comprendido en este servicio.

Además del Correo hay comisionados y *Express*, de que hablaré en otra ocasion.

Por ahora, terminaré mis apuntaciones haciendo público mi reconocimiento al Sr. Jaques por su finura, y al Sr. Jardines, que tan bondadosamente me acompañó, habiendo recibido de los dos los datos de que he hecho mérito.

Desde mi ascension á la Iglesia de la Trinidad me propuse hacer una visita especial á los muelles, esto es, á esos mil brazos que reciben de los buques todos los productos del globo y devuelven productos de la gigantesca ciudad.

Desde la eminencia percibia yo la corriente del tráfico, que se resumia, que como que desaparecia bajo aquellas inmensas tortugas de madera, para brotar de nuevo en un rio de carros que despedazaba su corriente como en un muro hecho criba, como entre peñascales, y se perdia con estrépito en las encrucijadas, vericuetos y profundidades de la ciudad.

Los muelles, por la parte que da al mar, son vías ó grandes bancos de madera que entran en las aguas, y á su frente y costados atracan los buques para hacer su descarga, estableciendo puentes, corredores y ramblas para verificar la desocupacion de los buques y carros.

Tienen los muelles techumbre de madera, ó de fierro y cristales, y á su pié baten las aguas, en que suelen estacionarse los buques como caballos en un inmenso establo, ó como enfermos en grandes salones, porque suele á veces verificarse allí la reparacion de los buques.

La parte exterior forma calle, con sus grandes portadas, atrevidos arcos, corredores y balcones, con sus entradas en las que se ven desde el quicio, interminables galeras que parecen flotar sobre el mar.

Los tramos que dividen un muelle de otro, los llena el agua, ocupada por los buques, maderos, escombros, palizada, fragmentos de barriles y basura; al frente de los muelles corre la acera de la calle South Street, mal empedrada, peor embanquetada á trechos y con ese mosaico de edificios en que parece se han querido poner en hilera grandes y chicos, gigantes y niños, damas y ganapanes, mendigos llenos de harapos y gente opulenta, bajo toldos y tendedores de trapos, rubros, faroles, sartas de zapatos, banderas, jamones y sombreros.

Gran parte de los bajos de esa acera los llenan almacenes, figones, tabernas ó sean *bar-rooms*; pero sobre todo, los almacenes en tremendo tráfico y tragaderos de verdaderos antros, que son bodegas subterráneas alumbradas con gas, y en donde desaparecen como por tramoya rios de tercios, barriles y cajones.

Esta circunstancia hace que la acera sea como el patio corrido de los almacenes, en que se carga, se descarga, se abren y cierran tercios, se riegan cajones, y á cuya orilla los carros se detienen para cargar y descargar, en medio de una zambra y de una gritería, que se hunde el mundo.

Todos los obstáculos que tiene la banqueta no son bastantes para detener el raudal de gente que va saltando por entre tercios y barriles, confundiéndose el carretero y los cargadores, sucios, aguardientosos, desmelenados y groseros, con *ladies* con sus velos de gasa y sus sombrillas, y caballeros que acaban de dejar alfombrados salones.

El medio de la calle está cruzado por una doble vía de wagones que se suceden sin la interrupcion de un solo minuto, cargados de pasajeros.

Los wagones van cortando una opuesta corriente de carros de todos tamaños, que entretejen sus ruedas, se arremolinan y se chocan, formando laberinto los bultos que conducen, los cuellos de los caballos, y los pescantes de los cocheros. En medio de esto es rarísimo un accidente.

Todos los colores, todos los matices, todos los trages y todas las basuras y las mugres, se dan cita en ese cañon de la calle de South Street, que corrobora sin embargo la idea de la inmensa riqueza y del movimiento mercantil de la ciudad.

Sobre las portadas de los edificios de los muelles, están anunciadas las líneas de vapores y los puntos que ponen en contacto, como si fueran entradas de esos distintos pueblos que dejan á la puerta sus tarjetas en esta gran tertulia de la humanidad.

El Este, el Oeste, California, China, Australia, Alemania, Europa, el Perú, el Brasil, la Habana, Mexico, la India y líneas pequeñas de Filadelfia, Albany, Boston y una gran parte de los Estados de la Union.

Los carros tienen acceso hasta los costados de los buques, y la descarga y la carga se hacen allí tambien, de suerte que es comun pasar entre cajones y barriles que se embarcan, y costales de lona, cajones y barriles que llegan á tierra. Todo los medios de transporte, ménos el hombre haciéndose bestia de carga.

Para hacer la carga, se fija una garrucha á uno de los más robustos palos del buque, se engancha el tercio en uno de los extremos de un cable y el extremo opuesto se fija en el arnés de uno ó dos caballos uncidos, que verifican la ascension de moles pesadísimas, avanzando ó retrocediendo con suma destreza.

Debajo de aquellos bultos, pipas, fierros y planchas, corre el gentío á los muelles.

Luego que el buque arriba y suelta sus anclas, desahoga su vapor con estrépito espantoso, afianza su puente y saltan los pasajeros, perseguidos por aquellas partidas ó jaurías tumultuosas de comisionados de los hoteles, que tienen ómnibus, coches y carros, rodeando los muelles como aves de presa. Allí hay grupos de concurrencia selecta, en espera de amigos y deudos; allí los *reporters* de los periódicos; allí

los tiernos saludos y los trasportes de placer. Pero á la espalda se ve la concurrencia del buque que parte con la locomotora, que jadea impaciente; los amigos que se arrancan de los brazos de los que aman; los ojos con lágrimas, y el *adios* que tiene siempre acento de muerte, y que cae siempre como sombra en las profundidades del alma.

Los vendedores de fruta, los voceadores de papeles, los carros que venden nieve y soda, acuden á esos lugares en que ingleses, franceses, chinos y españoles, parecen llegar al Valle de Josafat, en que todos tenemos de revolvernos.

El limeño con su sombrero de jipijapa; los criados del mexicano con sus jaranos tendidos, y sus gruesas toquillas; el inglés con su imperturbable sorbete; el chino con su solideo, ingresan al conjunto de mujeres desgobernadas, hombres al desnudarse, *ladies* espléndidas y gente de levita *comme il faut*.

Separémé de South Street para escurrirme por otras calles y completar mi paseo.

¿Pero dónde están los cristales y los pórticos de Broadway? ¿dónde las hermosas arboledas y las claras fuentes? ¿Dónde esas boticas en que hay pomadas y cepillos, jabones y libros, agua de soda y toallas?

Era un mundo distinto; lodazal ó terrado el tránsito, cañíos mal cubiertos con tablones desquiciados, puertas irregulares, celosías desvencijadas en las paredes; como colgando de uno á otro piso, escaleras de fierro pegadas al exterior de las casas, como víboras, por donde ascienden y descien-

den séres humanos, y en las alturas y los intersticios ventanas y balcones; de trecho en trecho, tendaderos de ropa, compuestos de dos lazos paralelos y sus carretillas, para que desde un punto fijo se pueda tender la ropa, recorriéndose todo el cordel.

Unas mujeres cosiendo, otras lavando, los herreros dando martillazos, el zapatero en su obra, todos ocupan las banquetas, que recorren carretelitas pequeñas conduciendo á niños de pecho dormidos apaciblemente, porque es de advertir que los niños no cabalgan en brazos, expuestos á un eterno peligro y sujetando á la situacion más servil á la *pil-meme*: no, señor; empujan la calesita de tres ruedas, que las hay para todas las fortunas, y ahí tienen vdes. á la mujer emancipada y al niño como un príncipe.

En las principales calles, en las plazas, en los paseos más concurridos, atraviesan niñeras y nodrizas perfectamente vestidas, conduciendo á los niños sentados ó dormidos, resguardados del sol con sus toldos, rodeados del respeto y la consideracion universal.

Todo el desórden, toda la irregularidad que hemos notado apénas al hablar del centro de la ciudad, se veian en aquellos vericuetos que recorría yo.

Los *bar-rooms*, que al través de alambrados ó como vergonzantes aparecen en el interior de la ciudad, en este barrio se presentan repugnantes, así como los talleres de los curanderos de la ropa ó reparadores de piezas inválidas de vestidos, casas de empeño que se anuncian con tres globos dorados, y bazares de objetos de segunda mano, como si dijéramos, panteones de vestidos dispartados, plumas ajadas, velos que han pasado á la categoría de redaños, levitas

escuálidas y sombreros en actitudes cómicas: el desecho, la osamenta

Unas calles acaban en punta, otras culebrean caprichosas, otras se interrumpen con una arboleda, otras comienzan en tumulto carnavalesco y acaban en casas uniformes y graves, como una procesion de frailes, y al frente de estas casas, hay hileras de carros en compostura, caballetes de pintor, y caldereteros que aturden repicando con sus martillos, sobre una sarten que chilla y arma un sanquintin de ruidos espantosos.

Hay calles sin salida que dan á una acera corrida de casas; á esas calles se les llama *Places*, y nosotros traducimos plazas, con la misma propiedad con que yo puedo llamar trompeta á la pluma con que estoy escribiendo.

Pero lo característico, lo estupendo, lo inconmensurable en estos lugares, que no me atrevo á llamar casas ni calles porque se supondria que trato de gentes, es la vieja, es la mujer en su metamórfosis de vejiga, de almofrej ó de bodrio de trapos, arrugas y canas.

No es la desnudez, es la apostasia del trage; es la defecion del vestido; es la traicion al forro de la especie humana.

La vieja de esta region de la ciudad es un sér que crece á lo ancho en sentido masculino: exagera la blusa de lana al volverla tápalo, el túnico participa de la pipa, y el calzado es la rabia del botin, la tortura de la chinela, el infierno de la babucha, la degradacion de la bota del negro. Ese endriago no se contenta con beber *whiskey*, fuma puro; descontenta del puro, masca tabaco, y para apurar todas las iniquidades, huele á manteca rancia.

El aire que se respira entre esas basuras, esos trapos y esas viejas, se conviene fácilmente en que es un aire mortal.

Embebecido iba en mis reflexiones, cuando oí sobre mi cabeza un ruido como de estrepitosa corriente. Aleé los ojos, y me pareció ver como secciones de la calle que iban atravesando los aires.